

## CAPÍTULO XXXVI

¡SEIS MILLONES!

En el mundo no hay dicha cumplida ni desgracia que no tenga algún consuelo. Las cosas están dispuestas de modo que en todo vaso de miel hay un grano de acíbar, y en toda copa de hiel un grano de azúcar. Por eso no conviene entristecerse demasiado en las tristezas, ni alegrarse mucho en las alegrías.

A Valle-alegre le había salido todo á pedir de boca; era el hombre de la fortuna; todo le salía á medida de su deseo; había subyugado á la suerte, y podía con toda tranquilidad reirse del mundo.

En el caso de rendir culto á la loca deidad que tan descaradamente lo favorecía, el banquero habría erigido un templo á la Fortuna por puro cumplimento, pues por lo demas él sabía que sin su astucia, sin su genio audaz, sin su gran conocimiento de todas las miserias humanas no hubiera alcanzado nunca tantas prodigalidades de la suerte.

Echaba sus cuentas, y sacaba en limpio que todo se lo debía á sí mismo. No; la prosperidad de sus negocios no era un beneficio gratuito que le caía por la chimenea.

El éxito del pleito llenaba la medida de su orgullo, se atribuía todo el mérito de su triunfo, y empezaba á creerse invencible. Y no solamente saboreaba el placer, digámoslo así, de la gloria, sino que su espíritu se embriagaba en las delicias de la venganza. No solamente había vencido á

sus enemigos, sino que los había hecho prisioneros. Gón-gora, la viuda y la huérfana estaban en su poder, y Valle-alegre no era hombre que desperdiciaba las ocasiones favorables: estaban en su poder y acabaría con ellos.

Cuando menos el temible jurisconsulto quedaría bajo el peso de una sospecha ignominiosa, y tendría que cerrar el bufete, y tendría que renunciar á las luchas del foro. Era hombre muerto, porque una de dos: ó había sido el autor de las cartas supuestas, ó había sido el instrumento ciego, el juguete de una chicuela intrigante y atrevida. En cualquiera de los dos casos, no le quedaba otro recurso que huir de la sociedad y esconderse en el último rincón de la tierra.

En cuanto á la viuda y á la huérfana, ¿quién podía librarlas del terrible veredicto de la opinión pública? Quedarían señaladas con el dedo, como dos mujeres de historia, capaces de todo por volver á la opulencia que habían perdido.

Valle-alegre se reía interiormente de Ripoll que intentaba perseguirlo desde la sepultura, y se mofaba de las evocaciones *espiritistas* del marqués. Su triunfo era completo; podía burlarse á la vez de los vivos y de los muertos, de este mundo y del otro, del cielo y de la tierra, y se reía á carcajadas de la justicia humana y de la justicia divina.

Tal era la copa que, rebosando miel, paladeaba el afortunado banquero, cuando se vió interrumpido por una visita verdaderamente importuna, pues al serle anunciada, prorrumpió en un gesto de profundo desagrado, y dudó por algunos momentos si despediría al impertinente ó se resignaría á recibirlo; y aunque haciéndose gran violencia, se decidió por lo último.

El personaje que iba á visitarlo tan indiscretamente es todavía para nosotros un personaje desconocido, es decir, ignoramos su nombre, y hasta desconocemos su fisonomía,

porque la única vez que lo hemos visto llevaba el semblante oculto debajo de una bufanda impenetrable, y los ojos escondidos detrás de unas gafas verdes. Era el hombre del gabán, personaje misterioso, que á pesar de su ruinoso aspecto tenía entrada franca en el palacio del banquero.

— Sr. de Valle-alegre — dijo arqueándose en ceremoniosa cortesía. — Doy á usted mi más cordial enhorabuena.

— ¡Phs! — contestó indolentemente el banquero.

— Modestia, pura modestia. Ya sé yo que los grandes corazones no dan demasiada importancia á las pequeñeces de la vida; mas sea como quiera, no puede usted negar que ha obtenido un triunfo fabuloso. ¡Friolera! De verse condenado por estafa, á encontrarse tranquilo y honrado en la opulenta estancia de este magnífico palacio, me parece que no es floja la diferencia.

— No tanto — replicó el banquero.

— ¿No? ¡Bah! La cosa venía derecha; estaban muy bien atados todos los cabos y no había escape. Quedaba, sí, el recurso de la fuga..., huir es indudablemente una salida. París, Londres, Nueva Yorck le hubieran recibido con los brazos abiertos; pero... adiós palacio..., adiós millones..., y, lo que vale más que todo eso..., ¡adiós honra!..

Valle-alegre se sonrió desdeñosamente, y el hombre de la bufanda se apresuró á decir:

— Bien. Claro está que los hombres superiores pueden burlarse de esa preocupación, lo cual no quita que subsista aún la manía de la honra. Y creo que al fin nuestra civilización acabará con ella; mas entre tanto es preciso que pasemos por honrados. Hoy mismo ha levantado un periódico su voz autorizada contra los hombres de bien, y se ha armado un clamoreo de mil demonios. Usted dirá: hipocresía..., pura hipocresía. Convenido; ¿y qué se va á hacer?

— Vamos á nuestro asunto — dijo el banquero. — Supongo que traerá usted las cartas originales.

— ¡Las cartas originales! — exclamó el de las gafas verdes, poniendo maquinalmente la mano sobre la solapa del gabán. — Esos documentos están seguros; yo respondo de ellos. Usted no ha querido recogerlos hasta que el éxito coronara la empresa. ¡Ya se ve! No se sueltan seis millones de reales sin tener la seguridad de que la cosa los vale; y ya me parece que no cabe duda. ¿Qué efecto, eh? Nos



El banquero Valle-alegre y el hombre misterioso de las gafas y la bufanda

preparaban un trueno espantoso, y les ha reventado en la mano. De estos golpes maestros entran pocos en libra.

— ¡Seis millones! — exclamó Valle-alegre. — Usted siempre tan original y tan de buen humor.

— ¡Seis millones — repitió el personaje misterioso — ¿No fué eso lo convenido?

— ¡Ea! — dijo el banquero. — Los asuntos de intereses son siempre serios. Hablemos con formalidad. No he de regatear por mil duros más ó por mil duros menos. Aquí le tenía á usted preparado un talón contra mi caja por valor de cinco mil pesos. Añadiré tres mil más, que es casi doblar la suma, y no dirá usted que no tiro el dinero.

El hombre de la bufanda escondió las manos en los

hondos bolsillos del gabán, y balanceándose á compás, dijo muy tranquilamente:

— Ocho mil duros son una suma respetable con la cual cualquier pobre puede pasar un par de semanas holgadamente, es cierto, y yo me avendría á ello, si usted me dijese cómo se persuade al portador de las cartas para que acepte ocho mil duros, cuando se le ha metido en la cabeza la locura de tomar seis millones.

— Verdaderamente — añadió el banquero — es una locura.

— Eso es, y vamos á ver cómo se convence á un loco.

— Hay un medio bastante expedito, que consiste en dejarlo con su manía. Seis millones no se ganan de una plumada.

— Sí — replicó el hombre misterioso; — pero él sostiene que con esa plumada le ha hecho ganar á usted algo más de doce millones. Y no hay que darle vueltas, Sr. Vallealegre, es terco como un guardacantón, y no suelta las cartas.

— Bien — dijo el banquero encogiéndose de hombros; — que las conserve, si cree que en sus manos han de estar más seguras. No soy tan desconsiderado que me empeñe en adquirirlas á toda costa. El mismo interés tenemos en que esas cartas desaparezcan; yo valúo en ocho mil duros el placer de echarlas por mi mano á la chimenea. Si ese *caballero* — añadió con burlona cortesía — es tan rico que puede permitirse semejante prodigalidad por el gusto de ser él mismo quien las arrojé al fuego, no he de disputarle la satisfacción de tan loca vanidad; porque, en fin, ¿qué otro uso pueden tener ya esas cartas, lo mismo en sus manos que en las mías?..

El hombre del gabán quedó inmóvil y mudo, como si las palabras del banquero lo hubiesen petrificado.

Después de algunos instantes de silencio, dijo:

— Ya... Ya... Comprendo muy bien toda la gravedad

del caso, que sería desesperado si usted, meditando con más calma, no advirtiera los inconvenientes que le ofrece su resolución; y, vamos, abrigo la esperanza de que no se decidirá á exponer á la vuelta de un dado tantas riquezas, *tan honradamente adquiridas*, por seis miserables millones, que hablando aquí en la intimidad de la confianza, ya no hay presidiario que no los tenga.

— Ocho mil duros en efectivo — replicó el banquero, — hoy, que el *consolidado* está á doce, significan próximamente millón y medio de *treses*, y eche usted la cuenta: seis millones de reales, duro sobre duro, son en números redondos la friolera de cincuenta millones en papel, en renta perpetua del *tres por ciento interior*. Vea usted si semejante suma no es escandalosa.

La burlona frialdad de este cálculo debió encender la sangre del hombre de las gafas, porque echando atrás la cabeza con ademán resuelto, contestó diciendo:

— Lo verdaderamente escandaloso sería que las cartas originales de Mauricio Ripoll salieran á la plaza; entonces vería usted qué altas se cotizaban ante un juez de primera instancia.

Vallealegre se echó á reír, pero se advertía que su hilaridad no era enteramente espontánea.

— Eso — dijo — sería curioso. Tendría gracia ver al falsificador de las cartas de Ripoll presentarse ante el juez y decir: «Ea, señores, admiren ustedes mi habilidad, he aquí los documentos originales que yo he falsificado.» Conven-gamos en que esto sería original... Ir á presidio por no querer tomar ocho mil duros, no hay en el mundo quien lo haga... Créame usted; las cartas falsificadas me responden de las cartas originales.

— Pudiera ser — contestó el de la bufanda — que las cartas originales de Mauricio Ripoll aparecieran misteriosamente. ¿Qué inconveniente hay en ponerlas en manos de

Góngora, sin que sepa quién es el que las pone en sus manos?.. ¡Ah, Sr. Valle-alegre!, usted no ha caído en la cuenta de que eso es muy posible.

Esta vez fué el banquero el que se quedó pensativo, suspenso, bajo el peso de la amenaza. Mordióse primero el labio inferior y después el labio superior, arrugó la frente como si quisiera replegar en su entendimiento toda la fuerza de su reflexión para rechazar el ataque que tenía encima, y al cabo de un momento exclamó:

¡Bah..., niñería!.. Eso no es posible.

— ¿Por qué?.. — le preguntó su interlocutor con arrogancia.

— Porque sería inútil — le contestó sencillamente.

— ¡Inútil!..

— Completamente inútil. ¿Acaso ignoro yo quién es el autor de las cartas falsificadas?.. ¿Por ventura soy mudo?.. ¿Me cree usted tan ignorante del verdadero mérito, que no descubre en su modestia al insigne falsificador?.. No, su nombre debe figurar en los anales de las causas célebres, y no seré yo quien lo prive de un honor que tiene tan merecido. Es preciso atenerse al valor relativo de las cosas; lo que hoy vale mucho, mañana no vale nada; hasta el oro, que parece haberse apropiado la inmutabilidad del valor intrínseco, también baja y sube. Por las cartas de Ripoll, antes de ser falsificadas, se podían dar seis millones; pero después de la falsificación, cuando los documentos falsos están en poder de los tribunales, esas cartas no valen más que lo que se quiera dar por ellas. Este es el comercio, estas son las oscilaciones de todos los valores... Aunque usted, salva su exquisita perspicacia, no parece muy ducho en el teje maneje de las transacciones mercantiles, creo que hará usted justicia á la habilidad con que yo he conducido este negocio. Ese papel debió negociarse cuando estaba en alza. No se hizo así por impremedita-

ción, por ligereza, por exceso de confianza, en una palabra, por torpeza; ¿y he de pagar yo una culpa que no es mía con la friolera de seis millones de reales?..

Detrás de las gafas verdes brilló una mirada como un relámpago, tan viva, que el color obscuro del cristal no pudo contenerla del todo.

— Sí, señor — dijo el hombre del gabán; — es una falta, quizá imperdonable, no haber negociado el papel antes de que las copias falsificadas estuviesen en poder de los tribunales. Es verdad que entonces no podía apreciarse bien el valor del negocio... Es el cabo suelto que siempre queda... Perfectamente; no hay que apurarse por ello. De ciento sesenta mil reales á seis millones, va una diferencia de doscientos noventa y dos mil duros, y me parece que el asunto merece pensarse... Usted está en su terreno, y en verdad no hay por qué sorprenderse del... del heroísmo con que defiende sus millones. Nada de arrebatarse... Calma, mucha calma... ¡Quién sabe lo que todavía se puede hacer con esas cartas!.. Y ¡qué diablo!, el que las tiene en su poder no ha de vivir muchos años, y es muy capaz de archivarlas y dejárselas en patrimonio á sus herederos. Porque es lo que usted dice, las cosas valen hoy poco y mañana mucho.

Y tomando su sombrero, añadió:

— En fin, veremos..., veremos. Usted, por su parte, señor de Valle-alegre, medítelo detenidamente, que el caso lo merece.

Hizo una segunda cortesía, más ceremoniosamente burlesca que la primera, y dejó al banquero más pronto de lo que éste esperaba. Pasó por varias habitaciones del palacio antes de llegar á la escalera, y pasó con mirada recelosa, como si temiera verse sorprendido.

Al encontrarse en la calle respiró con ansia, mascullando estas palabras:

— Ha sido preciso emprender la retirada, porque ese bribón podía jugarme la broma de encerrarme y hacerme registrar de arriba abajo. ¡Demonio!, y llevo aquí el tesoro... Seis millones, ni un ochavo menos... ¡Traidor!.. Es un traidor, y yo un imbécil... Ha abusado de mi confianza, de mi buena fe... ¡Ah! No se puede ser hombre de bien con estos pillos. Pero adelante... Yo le urdiré una buena. Sí..., estas cartas en mi poder harán prodigios.

Por lo que hace á Valle-alegre, no esperaba una retirada tan pronta.

— Él volverá — dijo. — No se le vuelve la espalda tan fácilmente á ocho mil duros... ¡Qué tunante!.. ¡Seis millones!.. Pues, me quería estafar seis millones... ¡Ah... viejo avarol!..

Sin embargo, no quedó tranquilo; las cartas no estaban en su poder, y eso era una diablura... Aquel hombre estaba, en efecto, maniatado, y no haría de ellas un uso que á él mismo le sería funesto; mas ese hombre podía morir de repente... ¿Por qué no?.. ¿Quién tiene la vida asegurada?.. Vale Dios que no hay enfermedades que matan como el rayo... Y entonces, ¿á qué manos irían á parar las cartas?

Por primera vez Valle-alegre pensó seriamente en la fragilidad de la vida, en lo fácil que es morir; pensó en la muerte, y aterrado decidió adquirir á toda costa aquellas malditas cartas; pero había que dar por ellas seis millones, y esa cifra tremenda crispaba sus nervios y helaba su sangre.

— ¡Seis millones!.. — exclamaba rechinando los dientes.  
— ¡Seis millones!.. ¡Trescientos mil duros!.. ¡Cincuenta millones de *treses*!.. Nunca..., nunca.

Y apretando los puños y golpeando la alfombra con la planta del pie, añadía:

— ¡Ah, Ripoll..., tramposo insaciable, aún me persigues! Y cejjunto y airado y sombrío se paseaba lleno de in-

quietud de un extremo á otro de la estancia, como un lobo enjaulado.

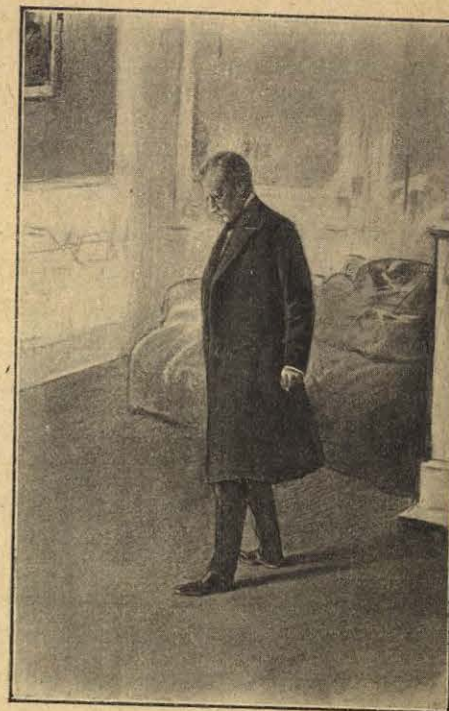
Esta era la gota de acíbar que amargaba la miel de su triunfo, en el momento en que más deliciosamente la paladeaba.

¡Seis millones!.. Esa era la forma que había tomado el verdugo de su dicha.

La indignación de Valle-alegre llegaba á su colmo, cuando pensaba que se le quería hacer víctima de una estafa inaudita, y en la crueldad de su enojo no encontraba castigo bastante severo que imponer á la maldad de aquel miserable.

¡Cuán común es este terrible contraste de la conciencia humana! ¡Cuántas veces somos jueces implacables de nuestras propias miserias cuando las vemos en otros!..

La alternativa en que se encontraba su espíritu no dejaba de ser angustiosa. Exponer sus riquezas y su nombre á la contingencia de que apareciesen las cartas de Ripoll, cosa tan fácil, tan posible al menos, como morir, era un peligro constante, una zozobra permanente, un recelo perpetuo, que no le dejaría ni un instante de reposo. Adquirir aquellas cartas funestas equivalía á dejarse robar la enorme suma de seis millones, y esta idea lo desesperaba,



Se paseaba lleno de inquietud de un extremo á otro de la estancia

no podía acostumbrarse á ella. En los cálculos de su opulencia no entraba semejante prodigalidad. ¿Habría él dirigido tan astutamente aquel negocio para verse al fin defraudado en una cantidad tan formidable?.. ¿Quién había de pensar que aquel perdulario se plantara resueltamente en la escandalosa cifra de trescientos mil duros?

— ¡Seis millones! — repetía. — Ese perdido quiere hacerse millonario de la noche á la mañana, como si yo tuviera mi caja á disposición del primer bandolero á quien le ocurra la peregrina idea de transformarse en potentado... A robar á Sierra-Morena, ó á cualquiera de las encrucijadas de la administración pública. Mis millones son míos, y trabajo le mando al que quiera apoderarse de ellos.

La imagen de su cómplice, muerto de repente por un accidente cualquiera, aparecía implacable en el fondo de su pensamiento y llenaba su espíritu de un terror indecible.

— ¡Seis millones!.. — volvía á exclamar. — Y ¿por qué? Por dos miserables cartas, que para poseerlas no le han costado más trabajo que copiarlas.

Y yendo y viniendo de un extremo á otro de la estrecha situación en que se hallaba metido, no acertaba á elegir ni el uno ni el otro.

En el colmo mismo de su triunfo, Valle-alegre estaba desesperado.

## CAPÍTULO XXXVII

### EL CÓMPLICE

También para el Sr. Buenaventura la catástrofe del famoso pleito era un mallísimo negocio. Según él mismo decía, lamentando el fracaso, Góngora se vería en la necesidad de cerrar el bufete; y entonces, ¿qué iba á ser de él?.. ¿Dónde encontraría una colocación más propia de su aptitud, más honrada y más generosamente retribuida?..

— ¡Ah Sr. D. Luis!.. — exclamaba llevándose las manos á la cabeza. — Yo he traído aquí este desastre... El *cataclismo* que á todos nos tiene absortos, no es más ni menos que la desgracia que me persigue por todas partes. Para usted es un golpe muy rudo y para esa preciosa huérfana un contratiempo formidable; mas para mí es más que todo eso... es la miseria.

Articulaba las últimas palabras con voz tan lastimera, que partía el alma.

Solamente Serafín, defendido por el escudo de su inocencia, pasaba por en medio de la tempestad, risueño como un rayo de sol por en medio de las nubes. Oía hablar del pleito á todas horas, porque era el asunto de las conversaciones íntimas de la familia... Veía á su madre rezar mucho, como quien ha puesto en Dios toda su esperanza; veía á su padre más cariñoso con él que nunca, y sorprendía algunas veces al padrino con el puño levantado en actitud amenazadora, ni más ni menos que si fuese á emprender descomunal